

## CAROLINA DE JESÚS: DE LA FAVELA AL MUNDO

*Lilian dos Santos Ribeiro*

*Universidad de Sevilla y GEPEM*

### 1. CAROLINA MARÍA DE JESÚS: LA VOZ DE LOS QUE NO TIENEN LA PALABRA

Carolina María de Jesús fue una escritora y poeta brasileña que, además de ser mujer, era negra y pobre. Muchos la consideraban como el símbolo de la emancipación femenina y de la lucha contra el racismo y el prejuicio en Brasil. La escritora fue la primera mujer negra, pobre y “favelada<sup>1</sup>” que publicó trabajos en Brasil, por ese hecho ocupa un lugar privilegiado en la Literatura Brasileña.

Carolina de Jesús nació en 1914, en Sacramento, un pueblo de Minas Gerais, en una familia de negros y analfabetos. Carolina de Jesús, por ser hija ilegítima de un hombre casado, sufrió rechazo desde temprana edad, pero este hecho le hizo desarrollar una personalidad agresiva e intocable que le ayudó a superar muchos momentos difíciles en su vida. Tenía seis hermanos, pero ella y otro hermano eran ilegítimos, hecho que causó la expulsión de su madre del seno de la Iglesia Católica. De familia muy humilde tuvo que trabajar desde la infancia pero, afortunadamente, pudo estudiar dos años en el colegio Allan Kardec, educación patrocinada por María Leite Monteiro de Barros, jefa de su madre. Esa fue toda su escolarización formal.

Con la muerte de la madre, en 1937, va a São Paulo en busca de mejores condiciones de vida. “¡Oh! São Paulo reina que ostenta tu corona de oro, son rascacielos. Que viste terciopelo y seda y medias de algodón que es la favela” (Jesús, 2005: 42). En la Capital Paulista inicia una larga aventura llena de percances hasta que se hace escritora del *best-seller* “Quarto de Despejo: o diario de uma favelada”.

Debido su carácter fuerte, la escritora cambiaba mucho de empleo, hasta que se queda embarazada de su primer hijo, João José, en 1948<sup>2</sup>. Embarazada, sola y sin trabajo, se va a vivir a la favela del Canindé, donde construye una chabola de una habitación y sobrevive recogiendo papeles e hierro en el vertedero o en la basura para

---

<sup>1</sup> Persona que vive en las chabolas en Brasil, más conocidas como favelas brasileñas.

<sup>2</sup> Hijo de un marinero portugués. Véase reportaje de Vera Eunice, hija de Carolina de Jesús en <https://www.youtube.com/watch?v=qRjDmmWAFEO>. Consultado: 02/10/2015.

cambiarlos por comida. En los años siguientes tuvo otros dos hijos, uno en 1949, José Carlos y Vera Eunice, en 1953.

No obstante, en 1958, en el Canindé apareció el periodista de la “Folha da Noite” Audálio Dantas que estaba allí para hacer un reportaje sobre los residentes de la favela. Pero como Carolina de Jesús era muy lista, aprovechó la oportunidad y llevó al periodista a su chabola, allí le enseñó sus escritos, los veinte cuadernos en los que ella hacía sus anotaciones, eran relatos de su día a día en la favela, registrados desde el 15/07/1955. “Me llamó la atención. El texto narraba, se parecía a la poesía, cuenta Dantas. Volví a la redacción y publicamos algunos fragmentos” (Dantas, 2014: 305). La edición de la “Folha da Noite” del 9 de mayo de 1958 causó mucha repercusión, otros periódicos y revistas del país se hicieron eco de sus relatos. Dos años más tarde, la editorial Francisco Alves publicó la primera edición de “Quarto de despejo: O diário de uma favelada”, con treinta mil ejemplares. Según la investigadora Rafaella Fernandez, de Unicamp, aunque escrito con el lenguaje simple y poco elegante de una persona sin muchos estudios, la obra fue reimpresa siete veces en 1960. En total vendió ochenta mil libros. Lo tradujeron a catorce idiomas y llegó a más de cuarenta países. También fue adaptado al teatro, a películas, a documentales y a serie de televisión. Ganó el premio *Time* y obtuvo mención en la *Revista Life* del año 1961.

Carolina se hizo célebre y se trasladó a un chalé con tres plantas en el barrio de Santana. A continuación llegaron otros tres libros: *Casa de Alvenaria: o diário de uma exfavelada*, en 1961, narra su día a día, su nueva vida en el barrio de Santana. *Pedaços de fome*, en 1963, fue su única novela, pero no tuvo mucha repercusión y *Proverbios*, en 1965. Póstumamente, en 1982 salió a la luz en Francia *Diário de Bitita*, que llegó a Brasil con la editorial Nova Fronteira, en 1986, y *Antologia Pessoal*, en 1996.

En función de los frecuentes malentendidos con sus editores, así como las dificultades enfrentadas para mantenerse famosa y adaptarse al barrio de clase media, se traslada a una granja en el barrio Parelheiros, en São Paulo, en 1969, donde fue prácticamente olvidada por el mercado editorial, a pesar de algunos intentos de volver a la escena literaria. Pero pasada la novedad, Carolina de Jesús fue rechazada por todos, a pesar de la fama y del talento inicial, murió pobre y olvidada el 13 de febrero de 1977. Usó todo su dinero en una desesperada lucha por publicar sus libros.

A pesar de todos los problemas, las pérdidas y discriminaciones que sufrió por ser mujer, negra, escritora, pobre y madre soltera, Carolina revela a través de su escritura la importancia del testimonio como medio de denuncia socio-política de una cultura

hegemónica que excluía a los distintos. Muestra que cualquier ser humano puede ejercer su papel y tener voz en la sociedad.

En los siglos XVIII y XIX, la literatura de autoría femenina ya había despuntado con fuerza en Europa y en los Estados Unidos. Sin embargo, en el caso brasileño, debido a cuestiones de poder y de ideología, la inserción de la mujer en el escenario literario fue lenta y ardua. La institucionalización de la lectura y de la literatura fue francamente discriminatoria; prevalecía el pensamiento de que las mujeres eran intelectualmente inferiores a los hombres, y, por lo tanto, su forma de pensar y de escribir también lo serían. Así, aunque la capacidad intelectual de muchas mujeres fuese incuestionable, muchas veces solo existía de modo potencial. No poseían ni la independencia intelectual ni la material, por lo que la mujer (considerada moralmente válida) no tenía medios para avanzar mucho más de los muros de sus patios para adquirir una cultura amplia y superior. Es decir, ultrapasarse el papel de buena esposa y madre.

Por ese motivo, que en 1960, cuando la obra de Carolina de Jesús salió a la luz, además de los prejuicios enfrentados por ser mujer, negra, escritora, semianalfabeta y pobre, se sumó al discurso esencialista y sexista del Canon Literario, que discriminaba la producción intelectual de las mujeres y la escritura autobiográfica, entendidas estas en algunos casos como una “Literatura Menor”. Por lo tanto, el diario de Carolina de Jesús recibió severas críticas. Con todo, la autobiografía fue durante algún tiempo un género marginado, y por ser escrito por una mujer pasó a ser doblemente marginado. Como afirma Sheila Dias Maciel: “Los géneros confesionales por lo tanto, son, como cualquier discurso, una producción entrecortada de ficción (Maciel, 2004: 58).

No obstante, el patriarcado ha delimitado muy claramente los roles que corresponden a cada sexo, y si todos somos iguales ante la ley, será ante la de los hombres y aquí si nos referimos a todos los seres humanos, no solo a los varones, que no ante la Ley del Padre, quien sigue colocando a cada uno y cada una en su espacio, al hombre en el público y a la mujer en el privado o doméstico (Arriaga, 2005: 395). Es como nos explica Biruté Ciplijauskaité: “Afirmarse como mujer con una visión que surgía desde dentro y se oponía a la imagen estereotipada (recuérdese la recomendación de Balzac: mostrarse superior y sublime a través de renunciamentos y sacrificio) implicaba automáticamente una marginación” (Ciplijauskaité, 1988: 23).

La narrativa autoginográfica, como denomina Stanton a la autobiografía escrita por mujeres, aparece según esta autora, marcada en múltiples ocasiones por el conflicto vivido por la autobiógrafa entre lo privado y lo público, lo profesional y lo personal

(Stanton, 1984: 90). Es como nos explica Biruté Ciplijauskaité: “Las primeras novelas autobiográficas cuentan sus experiencias en la lucha por afirmarse como un ser independiente, con derecho a establecer un lenguaje a parte; un lenguaje hecho de silencios, medias palabras, disfraces, adaptado a su vida” (Ciplijauskaité, 1988: 21).

Según Didier, son las mujeres, excluidas de la política y de las funciones públicas, las que en los siglos pasados se dedican más a la escritura autobiográfica, entendida como una forma de escritura sin exigencias estéticas. Como precisamente la autobiografía codificada era el lugar de afirmación pública, y las mujeres desarrollaban sus vidas en el ámbito de lo privado, los géneros que más cultivaban eran las cartas y los diarios, textos con los que no se pretendía afrontar un público, y que permitían, al mismo tiempo, saltarse las reglas de la escritura literaria (Didier, 1976: 41).

### **1.1. Recogedora de sueños aunque en un *Quarto de despejo***

Carolina María de Jesús fue una de esas escritoras que tuvo durante mucho tiempo sus escritos en los trasteros polvorientos de su casa, en los cajones de los armarios de la cocina y en los baúles familiares. De entre las obras rescatadas está el diario de una mujer que se mantuvo bajo condiciones mínimas de subsistencia en un barrio de chabolas en Brasil, la representante de mujeres, negras, pobres, marginadas socio-culturalmente.

Quando era niña, mi sueño era ser hombre para defender Brasil porque leía la historia de Brasil [...] Pero solo los nombres masculinos aparecían como defensores de la patria. Entonces le decía a mi madre: — ¿Por qué no me haces hombre? Ella contestaba: — Si pasas por debajo del arcoíris te convertirás en hombre. Cuando el arcoíris surgía corría hacia él. Pero el arcoíris estaba siempre muy lejos (Jesús, 2005: 48)

*Quarto de despejo: o diario de uma favelada*, en 1960, registra la vida de su autora desde la entrada el 15 de julio de 1955 (hay un paréntesis durante los años 1957-1958) hasta el 1 de enero de 1960. Es el dramático y auténtico relato de una madre que para no morir de hambre junto con sus tres hijos se vio obligada a buscar en los basureros lo imprescindible para su subsistencia. Un día Carolina no consigue dinero para comprar comida; salió para recoger papel: Vera Eunice estaba enferma, José Carlos se negaba a ir a la escuela, porque no tenía botines y tenía frío. Con las palabras de la escritora:

¡Estaba tan nerviosa! Creo que si estuviese en un campo de batalla, no iba a sobrevivir nadie. Pensaba en las ropas para lavar. En Vera. ¿Y si empeora? No puedo decirle nada a su padre. Él no la conoce. Y ella tampoco lo conoce. Todo en mi vida es fantasía. Padre que no conoce hijo, hijo que no conoce padre (Jesús, 2005: 59).

El título hace referencia a la sensación que su autora tenía que vivir en una habitación destinada a la basura, a los trastos. El título surgió cuando el gobernador de São Paulo, Lucas Nogueira Garcez, para limpiar la capital paulista de los vagabundos, puso a todos los mendigos en camiones y los desalojó en la favela del Canindé.

[...] en 1948, cuando empezaron a demoler las casas terreas para construir los edificios, nosotros, los pobres que vivíamos en las habitaciones colectivas, fuimos desalojados y fuimos a vivir debajo de los puentes. Es por eso que llamo la chabola de cuarto de despejo de una ciudad. Nosotros, los pobres, somos los trastos viejos (Jesús, 2005: 17).

El libro *Quarto de despejo: diário de uma favelada*, también puede ser interpretado como una respuesta provocadora a la proposición de Virginia Woolf. Carolina busca un techo suyo, pero vive literalmente en uno que no es suyo, es decir, ella fue desalojada de su techo, de su casa, de los suyos. Vive en una chabola, lugar inhóspito, sin asistencia de los poderes públicos, espacio donde la condición de una vida digna no está garantizada. Con eso, ambas activan, cada una a su modo, una especie de “literatura menor y alternativa”, en una línea que propone Deleuze (1970), como una forma de cuestionamiento o desterritorialización de un coeficiente literario, como una forma de politización que llama la atención para un colectivo que siempre se queda fuera de estos códigos de escritura y de la literatura. No podríamos esperar sino la marginalización, el sistema binario privilegia las categorías consideradas “superiores”, la superioridad del blanco frente el negro, del hombre frente a la mujer, del burgués frente al pobre.

Sin embargo, Carolina María de Jesús es una escritora fundamental para que comprendamos la ausencia del discurso literario de los autores que están del lado opuesto de esas categorías hegemónicas tanto en el canon literario establecido como en la enseñanza básica, pues, al contrario que las escritoras negras que la antecedieron, su obra llegó un gran público. En octubre, el libro ya había alcanzado un gran número de ventas, era el libro más vendido en el país. Y Carolina respondió enfáticamente a una crítica negativa que la llamaba presumida: “¿Será que el prejuicio existe hasta en la literatura? ¿El negro no tiene derecho de pronunciar lo clásico?” (Jesús, 2005: 64).

En el caso de Carolina de Jesús tal cuestión parece estar todavía más cuestionada, por su raza, sexo y posición social. Los habitantes de la chabola no ven con buenos ojos su afición a los libros, y siempre lo relacionan con la cuestión racial: “Nunca vi eso, que a una negra le gustasen tanto los libros” (Jesús, 2005: 23), o “¿Estás escribiendo, negra sucia?” (Jesús, 2005: 24), o cuando le decían: “¡Qué pena que eres negra! (Jesús, 2005: 58). En nuestra sociedad, como ya hemos dicho antes, el gusto por la lectura, estaba

predominantemente asociado a los hombres blancos de clase media. Partiendo de este racionamiento era teóricamente extraño o inusual que a Carolina, con todas sus “subconfiguraciones” de raza, género y clase, le gustasen los libros. “La condición social de la escritora, vinculada a cuestiones raciales y al hecho de la escritora ser mujer, aparecen en la obra, que es considerada “el diario del hambre cotidiana, de la miseria, de los abusos y prejuicios que ella, sus hijos y otros residentes de la chabola sufrieron” (Machado, 2006: 106).

Para Carolina, la vida tenía colores, pero no es una referencia positiva. El hambre, por ejemplo era amarilla. “El hambre es amarilla”, dijo Carolina cuando sus fuerzas comienzan a flaquear por falta de alimentos. Las casas, las plantas, los hombres, todo es amarillo. El hombre tiene color amarillo. En un fragmento del primer libro, la autora describe uno de los momentos en los que pasa hambre: “¡Qué efecto sorprendente hace la comida en nuestro organismo! Yo antes de comer veía el cielo, los árboles, las aves, todo amarillo, después de comer, todo se normalizó en mis ojos” (Jesús, 2005: 40). Para Audálio Dantas, el testimonio de la escritora gana todavía más importancia por ser real. Un escritor o periodista puede imaginar, pero ella lo sentía y lo vivía. En varias de sus entrevistas, destaca la fuerza interpretativa de Carolina, la capacidad que ella tenía de crear imágenes y de concluir las.

## **1.2. La ruptura del universo femenino dentro de la favela**

A lo largo del diario, percibimos que el oficio de escribir está asociado a las actividades del hogar y del trabajo: “Mientras las ollas hervían, yo escribía un poco” (Jesús, 2005: 16). O cuando relataba: “Me siento en el patio trasero y escribo” (Jesús, 2005: 19). Pero a pesar de que su escritura está asociada a sus tareas del hogar, madre y recogedora de basura, la escritora rechaza la vida y la relación en pareja, la primera razón para ello es la violencia machista. Para ella, el matrimonio es foco de sospecha, pues presencia la violencia doméstica todos los días en la chabola: “Silvia y su marido ya empezaron el espectáculo al aire libre. Él le da una paliza. Y yo, indignada con los niños, lo presenciamos (Jesús, 2005: 10). Ella relata la violencia doméstica diaria que muchas mujeres sufren en la favela. Carolina rechaza la violencia y que las mujeres o que los hombres sean mantenidos por sus parejas; por estos motivos no acepta convivir con ningún hombre, porque presenciar esas escenas le provoca asco. “Ellos se pelean y desconoces por qué pelean. Las vecinas me contaron que Odete tiró agua hirviendo en

la cara de su compañero. Hoy muchos hombres no fueron a trabajar. Cosas de lunes. Parece que ellos ya están cansados de trabajar (Jesús, 2005: 69).

Carolina tiene el orgullo de no ser mantenida por ningún hombre. También tiene la satisfacción de no necesitar pedir pan en la iglesia. Enfrenta las adversidades recogiendo y vendiendo papel. Su independencia y libertad son trofeos. Porque para la diarista para estar con un compañero así, es mejor no estar: “No tengo marido y no lo quiero” (Jesús, 2006: 20). No quiere un hombre cualquiera, sin embargo, ella tiene muchos pretendientes y muchas propuestas de matrimonio que rechaza siempre. “Gino me dijo que yo le despreciaba. Le dije: no. Es que estoy escribiendo un libro para venderlo. No tengo tiempo para ir a casa de nadie. Él insistía. Pero mi corazón no me lo pide, no quiere” (Jesús, 2005: 25).

Otro pretendiente era el portugués, Manuel. A lo largo del libro, este hombre aparece ayudándola con los niños. Él desea casarse con ella, pero ella no lo acepta:

Don Manuel apareció y me dijo que quiere casarse conmigo, pero no quiero porque ya estoy vieja. Y después, un hombre no le gusta que una mujer no pueda vivir sin leer. Y que se levante para escribir. Y que se acueste con un lápiz debajo de la almohada. Por eso, es que yo prefiero vivir sola con mis ideas. Él me dio 50 cruzeiros y yo pagué la costurera. Un vestido que mandé hacer para mi Vera (Jesús, 2005: 44).

Carolina no deseaba tener que dejar de escribir para cuidar y servir a su esposo. En este fragmento vemos la clave de la soledad en la escritura femenina. A una mujer no se delega la función de escritora, menos si es negra y pobre. El lápiz y el papel, instrumentos del oficio de escritora, ocupan el símbolo de erotismo que sustituye al hombre, para ella estos están en primer lugar y la convierten en protagonista de su propio destino. De todos los pretendientes, el que más agrada a Carolina es el gitano Raimundo, él tiene una parcela en Osasco y le ofrece un sitio si ella se quedase sin casa con el cierre de la chabola. Raimundo es guapo, a él le gusta charlar sobre música y arte. Principalmente, sabe leer, le gustan los libros y es amable con ella. Es un pretendiente para casarse, es el único con el que Carolina establece intercambios simbólicos por la palabra, lectura y escritura, pero es nómada y no quiere permanecer en Canindé. Esta actitud la escritora no la entiende. Está también el lado pueril, el que ella siente al darse cuenta al ver a Raimundo mirar a las chicas más jóvenes.

La escritora tampoco tiene buena relación con los padres de sus hijos. En el diario encontramos fragmentos escritos con un lenguaje rico en significados. El padre de Vera

Eunice es empresario. Pero cuando a Carolina se la obliga a requerir a la justicia la manutención para su hija, él aparece.

El padre de Vera es rico, podía ayudarme un poco. Él me pide que no divulgue su nombre en el diario, yo no lo divulgo. Podía reconocer mi silencio. ¿Y si yo fuera de estas negras escandalosas y fuera a la oficina y montara un jaleo? ¡Dale dinero a tu hija! Y dio 120 cruzeiros y 20 para cada hijo. Él les mandó comprar dulces para que nos quedáramos solos. Hay momentos que tengo disgusto de ser mujer. Di gracias a Dios cuando él se despidió (Jesús, 2005: 156).

A través de este fragmento, presuponemos que el padre de Vera se aprovecha de la miseria de Carolina, solo da una ínfima manutención a su hija. Esta práctica la odia es Carolina, que se rebela contra la cosificación de la mujer, siente que le han violado su dignidad de ser humano y, en estos momentos en los que ella está disgustada, todo se vuelve injusto.

El propio hijo de Carolina de Jesús cuestiona la ausencia paterna identificada por él como más apta a los trabajos pesados que lo que hace su madre:

Puse las maderas de muchas maneras. [...] Todo lo que sea necesario hacer, lo haré, sin creer que es sacrificio. En la calle Araguaira con la calle Canindé hay mucho fango. No había posibilidad de apoyar los pies. Resbalaba. Fue entonces cuando apareció un señor y empujó mi carrito [...]. Y José viendo mi lucha, me dijo: ¿Por qué no te casaste? Ahora tendrías un hombre para ayudarte (Jesús, 2005: 77).

Entretanto, la vida de la chabola no permitió a Carolina de Jesús seguir las reglas de “familia modelo”, de “mujer ideal” que “era definida a partir de los papeles tradicionales y de las características propias de la femineidad, como instinto materno, pureza, resignación y dulzura” (Bassaneze, 1997: 608). La realidad de la chabola seguía el modelo establecido de roles de género, pero Carolina rompe con esto. Desde temprana edad, ella ya se mostraba distinta a las demás mujeres y sobre todo a las mujeres de su nivel socio-económico y cultural. Fue una mujer que tuvo muchos amantes, le gustaba salir y vivir libre de convenciones sociales, también vivió libremente su sexualidad, el resultado de eso fueron los tres hijos de padres distintos.

Ellas (las mujeres de las chabolas) aluden que no estoy casada. Pero soy más feliz que ellas. Ellas tienen marido. Pero, están obligadas a pedir limosnas [...] y ellas, además de mendigar, aún sufren malos tratos. Parecen un tambor por la noche, mientras piden socorro... Y yo tranquilamente en mi chabola oigo los vales vieneses. [...] No siento envidia de las mujeres de la chabola que llevan la vida de esclavas indianas [...] No me casé y soy feliz. Los que me gustaban me parecían chulos y las condiciones que ellos me imponían eran horribles (Jesús, 2005: 14).



La escritora se sentía feliz de no haberse casado, pues, a pesar de sufrir prejuicios por ser madre soltera en los años cercanos a 1950, ella vivía tranquila por no ser víctima de agresiones domésticas. Se sentía victoriosa por vivir independiente. Además de eso, afirmaba que ningún hombre aguantaría vivir con una mujer como ella, que no admitía que un blanco la dominase: “No dejo que nadie me ponga celda, ni freno. Quiero vivir libre igual al sol” (Jesús, 2005: 198).

Todo lo narrado, todos los relatos de los “recuerdos de las chabolas”, están filtrados por un “sesgo femenino”: “Ella mira por la ventana de la chabola mientras calienta el biberón de los niños, observa a una mujer siendo agredida y piensa que es mejor estar sin hombre que tener que dejar de escribir para lavar la ropa” (Dalcastagnè, 2005: 70). La diarista se aleja de su comunidad, pues no quiere códigos machistas y divisiones de roles, al contrario que sus vecinas. Tampoco quiere conversar con ellas porque no le gustan los cotilleos, porque convivir con estas mujeres le distancia de su gran meta, que es trabajar y escribir.

Según Leticia Pereira de Andrade, “[...] Carolina parece sentirse diferente e incomprendida en todas partes [...]” (Andrade, 2010: 246), eso es porque, ella es capaz de reflexionar sobre su condición, no consigue verse igual a los demás habitantes de las chabolas y, por otro lado, como recogedora de basura y residente en una chabola, no puede negar lo que tiene en común con los demás habitantes.

En estas páginas reposan anotaciones sobre condiciones sociales, económicas, políticas, étnicas, relaciones humanas deterioradas por motivos económicos, psicológicos, una gama de asuntos que pueden ser tratados y discutidos en diferentes áreas del conocimiento. “Somos pobres, venimos para las márgenes del río. Las márgenes del río es sitio de basura y de los marginados. Gente de chabola son consideradas marginadas. Ya no se ven los cuervos volando a las márgenes del río, cerca de la basura. Los hombres desempleados sustituyeron a los cuervos “(Jesús, 2005:45).

La perspectiva femenina de Carolina María de Jesús abre una pluralidad de existencias: desde la madre soltera que precisa mantener a sus hijos en medio de la miseria a la muchacha pobre que usa sus encantos para seducir a las personas, o el muchacho presunto violador de un bebe, el abogado pulla, los políticos corruptos que solo son amables durante las elecciones, el hombre triste abandonado por su esposa, los “nortistas” cachondos y guitarristas (Dalcastagnè, 2005: 71).

En *Quarto de despejo*, encontramos diferentes representaciones de la figura femenina construidas a través de la mirada crítica. En el inicio de su diario, Carolina declara: “tengo miedo de estas mujeres de la chabola [...] Sus lenguas son como pies de gallina. Todo lo propagan. Está circulando el rumor de que estoy embarazada. Y yo, ni lo sabía (Jesús, 2005: 12). Tal representación negativa de la figura femenina está presente desde el inicio al fin del diario, contrastando con la representación que ella hace de sí misma y de los hombres: “Aunque ellas me enfaden, yo escribo. Sé dominar mis impulsos. Tengo solo dos cursos escolares, pero busqué formar mi carácter. La única cosa que no existe en la chabola es la solidaridad” (Jesús, 2005: 13).

También encontramos la asociación de la figura femenina como mediadora cultural y educadora, es decir, que las madres debían asumir ante los niños y adolescentes, el papel de profesora que es culturalmente asociado a lo femenino, una vez que esa “obligación” es de la mujer, la de educar y enseñar buenos modales a sus hijos. Este discurso está presente en todo el diario. Cuando su hijo José Carlos es acusado de abusar de una niña, Carolina se desahoga: “Si él lo hizo, quien va a internarlo soy yo. Lloré” (Jesús, 2005: 78). O en el pasaje que ella habla con la vecina: “Aparecida vino a decirme que João le mandó a tomar por el culo [...]. Yo le dije: ‘Ustedes son las profesoras. Cuando beben dicen cosas horribles’ (Jesús, 2005: 153). Aquí también podemos ver, una vez más, la representación negativa de la figura de la mujer, vista como influencia nociva para los propios hijos y los hijos de las otras, porque no cumplen de forma correcta el papel didáctico-pedagógico que le es culturalmente atribuido. Las mujeres están representadas como cotillas, promiscuas, alcohólicas y peleonas. De esta forma, la mirada de desprecio de Carolina en relación a las mujeres de las chabolas es significativa, pues señala un cambio en las relaciones de género no solo dentro del contexto de la favela, sino de la propia sociedad.

## **2. DIARIO DE BITITA: MEMORIAS DE INFANCIA Y JUVENTUD**

Otro trabajo de Carolina de Jesús es *Diario de Bitita*, es el más importante registro de la memoria de infancia de la escritora. Escrito en un momento difícil de su vida, como un intento de regresar al mercado editorial. Lanzado primero en Francia, en 1982 y llegó al Brasil en 1986, pero solo tuvo una edición. En el libro, la diarista narra las memorias de su infancia y su adolescencia, contadas desde el punto de vista de una niña, Bitita (mote de infancia de la escritora). El *Diario de Bitita* muestra su esfuerzo para, todavía

una niña, encontrar trabajo, garantizar su supervivencia material y fundamentalmente mantener la dignidad, por encima de todo. En esta obra trata temas como la injusticia social, la opresión y el perjuicio contra la raza negra y las mujeres; los abusos de los poderosos son presentados desde la perspectiva de la que los vivió. A pesar de sus condiciones materiales, Carolina lucha por conquistar la dignidad y establecerse como alguien que resiste a la explotación y a la deshumanización. La obra atestigua la historia de esa lucha y de la opresión a que están confinados los pobres en el Brasil, sobre todo en Sacramento y en las haciendas donde trabaja como colona y sus primeros tiempos en Franca, en el Estado de São Paulo.

Escuchaba a las viejas decir que los niños tienen que obedecer y respetar a sus padres. Un día, mi madre dijo que mi padre era de Araxá, y que su nombre era João Cândido Veloso. El de mi abuela era Joana Veloso. [...]. Entonces llegué a la conclusión de que no necesitamos preguntar nada a nadie. Con el tiempo nos enteramos de todo (Jesús, 1986: 8).

La madre y el abuelo de Carolina son las dos personas más importantes en estos primeros años de vida. Por haber nacido en una familia matrifocal, todos los vínculos afectivos, materiales y morales sólidos están relacionados a la madre, María Carolina. El abuelo, Benedito José da Silva, exesclavo, era su tutor, le daba consejos, orientaciones de estudio y la manera que debía comportarse en el mundo de los blancos. La rígida conducta moral se proponía como estrategia para la supervivencia en una sociedad fundamentada en discriminación racial. También le incentivó el gusto por la lectura y la visión positiva frente el origen africano.

No tuve a nadie para guiarme en esta vida. Lo que me impidió caer en el abismo fueron las palabras de mi abuelo: - ¡Ustedes no deben robar! El hombre que roba ya no se rehabilita. No debemos engañar a los que nos tienen confianza. Cuando entres en una casa, deja siempre buena impresión para volver siempre y ser bien recibida. Los que se apoderan de bienes ajenos compran su billete al infierno (Jesús, 1986: 197).

Carolina, desde la infancia, tuvo una vida marcada por la pobreza, por el hambre y el ocaseo social debido a su color, su clase social y su condición de mujer. Tanto ella como su hija, Vera Eunice, pasaron por privaciones semejantes: “Estaba descalza porque mi madre no puede comprar ‘pie de ángel’ para mí” (Jesús, 1986: 14). La subordinación y la segregación social y racial son elementos que formaron parte de la vida de la protagonista y de los demás personajes del diario:

Un día mi madre fregaba ropa. Quería lavarlas deprisa para conseguir dinero y comprarnos comida. Pero los policías la detuvieron. Me puse nerviosa. Pero no podía decirles nada. Si me quejaba, el soldado me pegaría con el látigo de goma. A media noche la soltaron. Nos pusimos

muy alegres. Ella nos agradeció y después lloró. Yo pensaba: “¿Solo las negras son detenidas?” (Jesús, 1986: 27).

Carolina, también fue injustamente denunciada y detenida por robo, por presuntamente haber robado un fraile. Pero la acusación era falsa. Su memoria registra diferentes situaciones en que denuncia el racismo:

Cuando ocurría un robo, los negros eran sospechosos. Los policías les detenían. ¿Cuántas veces escuché?: – Negros ladrones, negros ordinarios.

[Los negros] decían: – No fuimos nosotros.

Yo notaba sus miradas tristes. Yo sabía que era negra por los niños blancos. Cuando se peleaban conmigo decían: ¡Negrita! ¡Negrita apestosa! (Jesús, 1986: 91-92).

Así como su madre, María Carolina, Carolina de Jesús también practicó la familia matrifocal en su fase adulta. Del mismo modo, tuvo varias parejas, pero por decisión propia no se casó o no quiso tener pareja estable. Se mantuvo siempre la cabeza de la familia. Se vanagloriaba de esa condición autónoma. Ambas, madre e hija, no dependían de su marido, cuidaron solas de sus hijos provenientes de distintas relaciones. Las dos estaban muy unidas, pero la única referencia negativa que Carolina hace de su madre es cuando dice: “Mi madre aprendió a decir a los blancos, sí señor” (Jesús, 1994: 180). Madre e hija permanecieron unidas hasta el año de 1937, época que Carolina se traslada a São Paulo.

Al registrar su propia existencia por medio de la escritura, la diarista trasciende los límites del *chronos* y nos lleva a una reflexión sobre cuestiones de identidad, sexismo y, sobre todo, los prejuicios que todavía asolan la realidad de muchas mujeres negras. La organización patriarcal que muestra la distinción de los sexos y que, durante siglos, condenó a la mujer a un ostracismo sistemático, es tema recurrente en el *Diario de Bitita*, donde encontramos relatos reveladores sobre la influencia fálica en la percepción de las jerarquías de género. Es decir, una jerarquía en la que lo femenino es siempre lo negativo y lo más débil. En este sentido, Bitita, todavía muy pequeña percibe que su imagen no se asemeja al triunfo y a la libertad, porque se disocia de la figura masculina, los parámetros de ideales, fuerza y respeto.

En los matorrales vi un hombre cortar un árbol. Tuve envidia y decidí ser hombre para tener fuerza. Fui a buscar a mi madre y le supliqué: – Mamá... quiero ser hombre. ¡No me gusta ser mujer! ¡Venga mamá! ¡Haga que me convierta en hombre! Cuando sea hombre voy a comprar un hacha para derribar un árbol. Sonreía y exhalaba alegría, pensé también que necesitaría una navaja para afeitarme, un cinturón para atar los pantalones. Comprar un caballo, sombreros y un látigo (Jesús, 1986:10).

Notamos que la chica desde la más temprana edad está contaminada por los valores sexistas de la sociedad, ella internaliza los conceptos de la supuesta superioridad

masculina y pasa a desear todo lo que está asociado con la virilidad. Además de desear ser hombre, desea ser un arquetipo opresor que utiliza un hacha y un látigo, elementos que ratifican poder, como instrumento de dominación. De esta manera, al enfocar tales elementos del universo masculino, Bitita los contrapone a la supuesta fragilidad femenina.

Otros temas evidentes en la obra son el silenciamiento y la opresión femenina. Bitita se presenta como hombre para intimidar el oponente y para defenderse. Así, como su madre, María Carolina intenta interferir en una discusión entre Bitita y el juez, la hija se lo impide con un argumento bastante incisivo:

Fueron a avisar a mi madre que me peleaba con el doctor Brand. Fueron a avisar a los soldados. El pueblo corría para ver la pelea. Cuando el doctor Brand caminó hacia mí, no corrí y él no me pegó. Mi madre me cogió por los brazos: –¡Cállate perra!  
Grité: – Déjame, esto aquí es una pelea de hombres (Jesús, 1986: 29).

La escritora tiene el valor necesario para romper el silencio de la voz femenina. Pero es interesante resaltar que la frase: “Déjame, esto aquí es una pelea de hombres” demuestra el pensamiento sexista colectivo que establece fronteras claras entre los sexos, pues sugiere que solamente con la igualdad entre los hombres es posible una confrontación legítima. Así, a través de la rutina de Bitita comprenderemos que los detentores del poder no pertenecen al sexo femenino. También en su familia, las relaciones son marcadas por la opresión femenina:

La mujer que vivía con mi abuelo era Siá Maruca. Una negra muy tranquila. Era una pareja elegante. Cuando preguntaban si mi abuelo le pegaba, ella lloraba y curvaba la cabeza y pedía disculpas. Cuando él salía de casa, le preguntaba: –¿Siá Maruca por qué no reaccionas cuando el abuelo te reprende?  
– ¡No hija! La mujer debe obedecer al hombre.  
Me quedaba furiosa. Lloraba porque quería ser hombre para que las mujeres me obedecieran (Jesús, 1986:66).

Es evidente la revuelta de Bitita en cuanto a la sumisión de Siá Maruca a su abuelo, todavía las circunstancias demuestran que la dominación masculina es más fuerte que el intento de insurrección, ya que la propia víctima declara la soberanía de su opresor. El lloro, revuelta y decepción de Bitita revelan, además de su indignación en relación a las desigualdades sexuales, su conciencia acerca de su lugar como mujer en la jerarquía de género. Así, una vez que el sistema educa las mujeres para ser amas de casa, buena esposa y buena madre siempre obedeciendo el hombre la única solución aparente sería “hacerse hombre”.

Cuando me enteré que ni San Benedicto, ni el arcoíris, ni las cruces no me harían hombre, fui resignándome y conformándome: yo debería ser siempre mujer. Pero aunque semi-conformada, envidiaba a mi hermano que era hombre. Y mi hermano me envidiaba a mí por ser mujer. Decía que la vida de las mujeres es menos sacrificada, que la mujer ganaba dinero tumbada en la cama. Yo iba corriendo para la cama, pensando en el dinero que iba a ganar para comprar chuches. [...]. Cuando mi madre llegaba y veía la cama deshecha, le explicaba lo que Jerónimo me había dicho y ella me pegaba (Jesús, 1986: 95).

Ante la frustración por no alcanzar su objetivo, la niña concluyó que “debería ser mujer”, o sea, ella no podría hacer nada, aparte de aceptar su destino como ser periférico y cargar eternamente con este fardo de un sexo que la descalificaba como merecedora de respeto. En el fragmento anterior, también percibimos la cosificación del cuerpo femenino, pues el hermano de Bitita, regido por los conceptos de la hegemonía del patriarcado, cree que, a diferencia del hombre, la mujer tiene una vida fácil, que no le hace falta salir de casa para ejercer la prostitución, no necesita de grandes esfuerzos para conseguir dinero, ya que su cuerpo es su instrumento de trabajo. A su vez, Bitita en su inocencia de niña, se tumba en la cama con la esperanza de conseguir dinero para comprar dulces. Pero es reprendida por su madre, que sabe que ganar dinero en la cama es prostituirse. En este fragmento corrobora la noción de mujer objeto, concepción arraigada en el imaginario social sexista que deforma y descalifica la imagen de la mujer.

El sexismo encontrado en la obra afecta a la imagen que Bitita tiene de sí misma y evidencia el prejuicio de género de este período. De hecho, la discriminación en relación a la mujer, la opresión y la violencia relatadas en *Diario de Bitita* traen a la luz situaciones que, por desgracia, todavía están presentes en lo cotidiano de las mujeres del siglo XXI.

El diario termina con su llegada a São Paulo, en 1937, llena de planes y proyectos para el futuro: “Rezaba y agradecía a Dios y le pedía protección. Quien sabe, algún día podría conseguir dinero para comprarme una casita y vivir mis últimos días en paz” (Jesús, 1986: 203). La Capital Paulista fue y todavía es la gran metrópolis de Brasil, que aquellas personas que están bajo el umbral de la pobreza recurren para mejorar de vida.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arriaga Flórez, M., Estévez Saá, M., y otros (eds.). *Cuerpos de mujer en sus (con)textos*, Sevilla, Arcibel Editores, 2005.

- Barthes, R., “Escritores e escreventes”, (G. G. Souza, Trad.), en *R. Barthes, Crítica e verdade*, São Paulo, Perspectiva, 1970.
- Beavoir, S., *El segundo Sexo*, Madrid, Cátedra, 1960.
- Ciplijauskaitė, B., *La novela femenina contemporánea, (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*, Bracelona, Anthropos, 1988.
- Cixous, H., *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*, pról, y trad. Ana María Moix, Barcelona, Anthropos.
- Coelho, N. N., *Dicionário de escritoras brasileiras (1711-2001)*, São Paulo, Escrituras, 2002.
- Dalcastagnè, R., “Isso não é literatura”, *Revista Entre fronteiras e cercado de armadilhas*, Brasília, Ed. UnB e Finatec, 2005.
- Dantas, A., *Nossa irmã Carolina*, Apresentação do livro "Quarto de despejo", São Paulo, Francisco Alves, 1960.
- Didier, B., *Le Journal intime*, París, Preses Universitaires Francaises, 1976.
- Didier, B., *L'Écritur —femme*, París, Presses Universitaires Françaises, 1981.
- Dos Santos, M., “Autobiografia feminina: a identidade e o preconceito nas memórias de Carolina Maria de Jesus e Maya Angelou”, *Revista Iluminart do IFSP*, Vol. 1, nº. 4, Sertãozinho, 2010.
- Fernandez, R. A., “Entrevista realizada com Audálio Dantas, no evento Prazer em (re)conhecer, sou Carolina!”, *Revista SCRIPTA*, Belo Horizonte, v. 18, n. 35, 22/03/2014. pp. 305-314.
- Jesús, C. M. de, *Diario de Bitita*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1986.
- Jesús, C. M. de, *Meu estranho diario*, São Paulo, Xamã, 1996.
- Jesús, C. M. de, *Quarto de despejo: diário de uma favelada*, 8ª. ed., São Paulo, Ática, 2005.
- Lejeune, P., *O pacto autobiográfico*, Belo Horizonte, 2008.
- Maciel, S. D., “A literatura e os Gêneros Confessionais”, en Belon, Antonio Rodrigues; Maciel, Sheila Dias (Orgs.), *Em diálogo. Estudos Literários e Lingüísticos*, Campo Grande, Ed. UFMS, 2004.
- Stanton, D., “Autogynography, is the Subject Different”, en *Theory and Practice of Autobiography from the tenth to the Twentieth Century*, (ed. D. Stanton), The Univ. of Chicago Press, 1984.